

---

## ALFREDO DUGES: UN SIGLO DESPUES. 1853-1953

---

ENRIQUE BELTRÁN  
Secretario Perpetuo de la Sociedad Mexicana  
de Historia Natural.  
(Conferencia en la Universidad  
de Guanajuato, en el homenaje a  
Alfredo Duges, el 10 de julio de  
1953.)

### I

Hace dos siglos, en la entonces Intendencia de Guanajuato nació quien, con el correr de los años, había de ser conocido como Padre de la Patria.

Miguel Hidalgo y Costilla fue espíritu inquieto y ávido de saber. Rara excepción en el clero de su época, conocía el idioma francés y leía ávidamente muchos de los libros escritos en esa lengua, que la Inquisición tenía prohibidos.

La atención de Hidalgo se detenía en todo aquello que pudiera significar una mejoría a las miserables condiciones de vida de su pueblo. En su curato de San Felipe primero, en el de Dolores después, impulsó diversas industrias locales y estableció el cultivo del olivo y de la vid así como la sericultura, asuntos que lo obligaron a encararse con interesantes problemas biológicos.

Pobres eran, desgraciadamente, las fuentes mexicanas en que Hidalgo pudiese abreviar en sus ávidas correrías por el terreno de la ciencia.

Había el rico antecedente de la botánica prehispánica, pero la misma, interrumpida brutalmente por la Conquista, apenas se conservaba en las tradiciones de la herbolaria.

Había también el recuerdo de la expedición de Francisco Hernández, en la mutilada publicación que de sus resultados hizo Recho, y podían consultarse también los "Cuatro Libros de la Naturaleza" de Francisco Ximenez.

Ya más cerca de Hidalgo, entre sus propios contemporáneos brillaban como luminarias Clavigero, Bartolache, Montaña y otros amantes de la Naturaleza, entre los que se destacó, con perfiles muy propios José Antonio Alzate, llamado con justicia Padre de la Ciencia Mexicana.

Y de allende el Océano llegaron en los días de Hidalgo, el inquieto y enciclopédico viajero Alejandro von Humboldt y la Real Expedición encabezada por Sessé.

En ese medio científico, que era el de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, se movía el Cura de Dolores.

Y una característica muy importante de notar, es la profunda influencia que la cultura francesa ejercía en aquel medio.

Las ideas políticas y sociales se inspiraban en la gloriosa Gran Revolución; y en las ciencias naturales Buffon, con profunda erudición e incomparable galanura de lenguaje, se imponía en forma indiscutible. El mismo Humboldt, aunque prusiano de nacimiento, estaba íntimamente ligado con la ciencia francesa y a su lado venía el botánico francés Bompland.

Era inútil que el Gobierno Virreinal, temeroso de lo que podría significar el despertar del espíritu de los oprimidos mexicanos, pusiera las mayores barreras para impedir la llegada de los libros franceses. E inútil era también que la Inquisición los incluyera en las listas de los prohibidos.

Hidalgo, cuando menos, no hacía caso de esas admoniciones y nutría ampliamente su brillante inteligencia en las límpidas aguas de la cultura francesa. En su casa, audacia inaudita, se llegó a ofrecer una representación de "Tartufo", la inmortal y atrevida comedia de Moliere.

Nada de extraño tiene, pues, que entre los cargos, que repetidas veces se formularon al Padre de la Patria ante el temible Tribunal de la Santa Inquisición, estuviese el de ser "afrancesado".

## II

Exactamente un siglo después del nacimiento del "afrancesado" Hidalgo, llegaba a tierras mexicanas un joven francés, que ya no abandonaría jamás nuestra Patria, y que constituiría una de sus mayores glorias científicas.

Alfredo Dugès, nacido en Montpellier el 16 de abril de 1826, había seguido la carrera médica y obtenido su doctorado en París en 1852.

Hijo de Antonio Dugès, uno de los discípulos de Cuvier que formó parte del grupo encargado de dar a luz la segunda y monumental edición de "Le regne animal distribué d'après son organisation", el joven Alfredo sintió desde siempre una incontenible vocación zoológica. Inteligente, activo y con conexiones familiares, todo hubiera hecho pensar que sus actividades, en el suelo patrio, se hubieran orientado para alcanzar eventualmente una cátedra de zoología en el Museo, en la Sorbona o en el Colegio de Francia.

Pero Dugès se sintió atraído por México y, apenas terminada su carrera, vino a nuestra Patria. Llegó aquí en 1853 y hoy, una centuria después, los naturalistas mexicanos nos reunimos para honrar la memoria del brillante zoólogo, que tanta influencia ejerció entre nosotros y a quien en vida, pena de confesarlo, no supimos colocar en el sitio que merecía.

Cuando Dugès vino a México, nuestra zoología estaba aún en pañales. Apenas en 1834 se había creado la primera cátedra de la materia, y, todavía a la llegada del sabio francés solía enseñarse en la Escuela de Minería, en curiosa asociación, Geología y Zoología.

Siguiendo la tradición precortesiana, la huella de Hernández y la influencia de Sessé y Mociño, la botánica atraía más cultivadores.

De la Llave y Lejarza, apenas consumada la Independencia, habían hecho brillantes contribuciones; Julián Cervantes, en 1825, publicó sus "Tablas Botánicas", que vinieron a sustituir el libro hispano de Gómez Ortega; y en 1841 Miguel Bustamante y Septiem daba a luz un nuevo texto, bastante aceptable para su época.

Pero en el terreno de la zoología apenas hasta 1854, que yo sepa, se publicó el modesto texto de Benigno y Pío Bustamante, y pocas eran las personas que se ocupaban del estudio de los animales.

Dugès, que ya había publicado algún artículo sobre cuestiones biológicas antes de salir de su país natal, pronto comenzó a investigar la historia natural mexicana, viendo que constituía rico filón. Seguramente en sus primeros años de estancia en México debe haberse sentido bastante aislado, aunque estimulado por sus discípulos, pues se conectó muy pronto con la enseñanza en el insigne Colegio de Guanajuato, antecesor de esta Universidad en que hoy venimos a recordar la memoria de uno de sus más destacados catedráticos.

La Guerra de Intervención encontró a Dugès en nuestro país. Ignoramos con detalle, y este sería interesante tema de investigación, cuál haya sido su situación personal en esos difíciles momentos en que nuestro país se defendía de la invasión de sus paisanos; es evidente, sin embargo, por datos posteriores, que no tuvo que sufrir secuelas desagradables.

Por lo que conocemos de él a través de parte de su correspondencia, de la que más de un centenar de piezas existen en mi poder, es posible que su sereno y bondadoso carácter hayan servido de mucho en esos momentos. Pero no hay que olvidar tampoco que el pueblo de México, con fino sentido histórico, supo diferenciar perfectamente la agresión napoleónica como cosa ajena al verdadero sentimiento del pueblo francés, que en vibrantes líneas expresó Víctor Hugo al condenar la aventura imperial.

Tampoco sabemos cuáles hayan sido las relaciones que sostuvo con los distinguidos sabios que integraron la "Mission Scientifique au Mexique", y con los naturalistas austríacos traídos por Maximiliano, tales como Billimeck, primer director del Museo Nacional.

Pero sí sabemos que cuando al triunfo definitivo de la República, en 1868, un brillante grupo de naturalistas mexicanos constituido por del Castillo, Almazán, Arriaga, Peñafiel, Urbina, Villada, Herrera padre, Mendoza,

Cordero y Hoyos y Sánchez, se unieron para formar la Sociedad Mexicana de Historia Natural. Dugès, aunque no figuró entre dichos fundadores, ingresó inmediatamente al nuevo organismo, pues su nombre aparece ya en la primera lista de socios, continuando en sus filas hasta el día de su muerte, y publicando la mayor parte de sus trabajos científicos en "La Naturaleza", órgano de la Sociedad en el que colaboró nada menos que de 1870 en que publicó un artículo en el volumen I, hasta 1911 en que apareció el último, en forma póstuma, en el volumen I de la 3ª serie, postrero de la notable revista.

### III

La obra científica de Alfredo Dugès, quitando unas cuantas contribuciones de carácter médico, fue preferentemente en el terreno de la historia natural, más aún en el de la zoología y dentro de ésta, muy principalmente, en relación con la herpetología.

Las aportaciones que realizó tuvieron innegable valor científico general, y su nombre como colector o autor, se encuentra ligado con el de una gran cantidad de especies de anfibios y reptiles, esencialmente de la zona central de México.

Pero para los mexicanos, Dugès no es un zoólogo más. Para nosotros tiene perfiles extraordinariamente interesantes en muchos otros aspectos, y son éstos los que presentaré hoy, al analizar a un siglo de distancia la figura del joven sabio francés que vino a nuestro país a los 24 años, para morir en él a los 84, después de una vida extraordinariamente fecunda.

La personalidad de Dugès podemos dividirla en tres aspectos: maestro, autor e investigador.

*El Maestro.* Ligado con el Colegio del Estado, con la Escuela Normal y con la de Medicina de la ciudad de Guanajuato, por sus cátedras pasaron muchas generaciones de discípulos que recordaban siempre con admiración y respeto al maestro que lleno de fuego y entusiasmo, trataba de despertar en ellos el cariño por la Naturaleza. El medio no era desgraciadamente el más propicio para que, a pesar de su empeño, pudiera formar directamente muchos discípulos. A su lado, sin embargo, recibió la orientación zoológica que lo ha acompañado toda su vida, Rodolfo Ramírez, depositario de dibujos y manuscritos del maestro, devoto guardián de su memoria.



Placa en el Museo Dugès

Aunque a distancia, empero, sus enseñanzas tuvieron una repercusión de sin igual importancia para la biología mexicana. Alfonso L. Herrera, que con el tiempo habría de ser el más brillante de los biólogos mexicanos del

presente siglo, hablaba siempre de que en su formación había tenido la influencia fundamental de dos maestros inolvidables: su propio padre, el ilustre Alfonso Herrera, que desde niño le inculcó el amor a la ciencia, y Alfredo Dugès, que aunque radicado en Guanajuato, y con el que sólo tenía breves contactos en sus viajes a la capital, a través de una correspondencia incesante que duró muchos años, actuó siempre como maestro sapiente y generoso. En las cartas que escribía el joven Herrera, y de las que hace algún tiempo publiqué un extracto, se puede ver la libertad con que éste le sometía sus dudas y le formulaba consultas así como el interés que Dugès ponía en contestarlas.

En realidad, si es cierto que la actitud del sabio francés hacia Herrera es amplia y generosa, y durante toda su vida Don Alfonso reconoció la deuda que tenía para con él, no es menos cierto que la correspondencia con su colega capitalino debe haber sido en alto grado estimulante para Dugès. Las cartas de Herrera muchas veces sólo contenían consultas sobre algún tema concreto en el que deseaba conocer la opinión de su veterano amigo, pero en otras ocasiones eran expresión de ideas vigorosas y llenas de inteligencia que comenzaban a surgir en la mente del joven, y que se prestaban a profundos comentarios de su corresponsal; o bien trataban de la discusión de algún punto zoológico fundamental, como podía ser, por ejemplo, el comentario a los puntos de vista darwinianos, o al problema de sistemática que planteaba la tendencia que se iniciaba entonces entre los naturalistas norteamericanos para multiplicar el fraccionamiento de las especies en subespecies. Podemos pues afirmar que la relación epistolar entre Dugès y Herrera fue benéfica en ambos sentidos. Estamos seguros que el novel naturalista mexicano esperaba con ansia las cartas de Guanajuato para abrevar en ellas algo de los conocimientos y la experiencia de su autor, pero parece indudable que el zoólogo francés, que tenía pocas oportunidades de intercambio científico en la vieja ciudad minera, debe haber esperado igualmente con ansia las cartas que le llegaban de la capital, pues no solamente eran las del joven discípulo a cuya formación contribuyó con tanto cariño, sino las de un colega, que a pesar de sus pocos años era digno de ser tratado en plan de igual.

Cada vez que los biólogos mexicanos recordamos la figura egregia de Alfonso L. Herrera, y si somos honrados y no nos ciegan pasiones bastardas, debemos recordarla a cada minuto, pues iluminó con sus destellos más de medio siglo de biología nacional, percibimos tras él la sombra igualmente ilustre del zoólogo franco-mexicano. Y si no tuviéramos otra cosa para venerar su memoria esto bastaría para obligar nuestra gratitud.

*El autor.* La falta de libros de texto en nuestro medio en la época en que llegó Dugès y desgraciadamente así siguió por muchos años, era sumamente seria. Deseoso de remediarla, y con su actividad característica, puso desde luego manos a la obra.

Producto de sus afanes fueron tres textos: “Elementos de Botánica al alcance de los niños”, en 1876; “Programa para un curso de zoología”, en 1878; y “Elementos de Zoología”, en 1884. No he tenido oportunidad de examinar el primero de los mencionados, que fue sólo un pequeño opúsculo de unas cuantas páginas y no estoy, en consecuencia, capacitado para juzgarlo. Posiblemente dada la competencia de Dugès y el cuidado que ponía en todas sus cosas, debe haber sido decoroso; pero no hay que olvidar que el autor era zoólogo y que en consecuencia se movía al tratar de las plantas en un terreno poco familiar.

El “Programa para un curso de Zoología” fue un modesto ensayo, como su nombre mismo lo indica. Editado en la ciudad de Guanajuato es un libro de 264 páginas y varias láminas con dibujos del autor al final. Superó a lo poco ya existente por el método con que se presentaba y los datos que contenía y seguramente debe haberle sido muy útil a su autor para sus cátedras, habiéndose extendido su uso a otros sitios; pero posiblemente su principal valor fue estimularlo para emprender una obra de mayor envergadura.

En 1884, como ya queda dicho, dio a luz sus “Elementos de Zoología”.

Esta vez se trataba de un libro más amplio y completo, pues constituía un volumen de 470 páginas. Deseosa la Secretaría de Fomento de dotar con textos nacionales a la Escuela de Agricultura, invitó a Dugès para ampliar su primer libro, cosa que desde luego aceptó, habiéndose designado para opinar acerca del mismo una comisión integrada por los eminentes naturalistas Alfonso Herrera padre, José Ramírez y Donaciano Cano y Alcacio, quienes como era de esperarse dada la calidad intrínseca del libro, lo juzgaron en los términos más favorables. Entre los conceptos que se destacan de tal dictamen y que sirven para valorizar la obra de Dugès, pueden entresacarse las siguientes apreciaciones: “Hasta estos últimos años acostumbra suprimir los autores de las zoologías elementales, la descripción del aparato de la generación y de sus funciones, dando como excusa que eran libros destinados a los jóvenes. No nos defendremos a refutar esta opinión, y sólo aplaudiremos que el Sr. Dugès haya dedicado a dicha materia uno de sus capítulos más interesantes”; párrafos después agregan: “Debemos llamar la atención del lector hacia la parte más interesante y original de esta obra, parte difícil de ejecutar, y por la cual merece los plácemes de la juventud estudiosa. Nos referimos a que casi todos los ejemplos están tomados de nuestra fauna, haciendo siempre referencia en sus descripciones a algún animal propio del país y acompañando al nombre vulgar su

clasificación científica. Debemos confesar que hasta ahora no teníamos bajo esta forma ninguna obra que satisficiera esta necesidad.”

El libro está ilustrado con excelentes dibujos del autor; desgraciadamente como era frecuente en la época y como ya lo había hecho en el “Programa”, vienen reunidos en láminas al final del libro, algunos a colores, pero en varias de las cuales la reducción indispensable para que cupieran hizo desmerecer la calidad de los originales. El libro fue impreso con el decoro con que se hacían todas las ediciones de la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento; desgraciadamente el hecho de hacerse en México, mientras el autor radicaba en Guanajuato, impidió que la corrección de pruebas fuese suficientemente cuidadosa, y apareció con numerosas erratas.

Por muchos años la obra de Dugès fue el único texto mexicano aceptable. Hoy en día se encuentra totalmente atrasado, pero si tomamos en cuenta la época en que escribió y lo mucho que de original tenían entonces las referencias a nuestra fauna, su mérito se acrecienta y quizá autoriza para afirmar que hasta la fecha, comparativamente, no ha sido superado.

Además, y esto es algo que los mexicanos no podemos pasar inadvertido, en cada una de las páginas se transparenta el amor de Dugès por su patria de adopción y el interés que despertaba en él el estudio de todo lo nuestro.

*El investigador.* Sí Dugès brillaba como maestro, y tuvo destacado papel como autor de libros de texto, era fundamentalmente un investigador y su aportación a este respecto fue considerable. No creo que ninguna de las bibliografías publicadas pueda considerarse completa, y sin embargo, incluyen más de 150 títulos.

Descontando ciertas contribuciones esporádicas en el campo de la medicina, y algunas botánicas, su obra fue preferentemente zoológica.

Los problemas de carácter sistemático, zoogeográfico y de anatomía comparada detuvieron su atención, y sobre ellos versan la mayor parte de sus escritos.

Cuando considera uno la magnitud de la obra de Dugès, se sorprende de que haya podido llevarla a cabo en el ambiente relativamente aislado de Guanajuato y sin poder dedicar a ella más que ratos perdidos, pues el resto de su tiempo tenía que emplearlo en ganarse la vida con la práctica de su profesión, por la que ciertamente no sentía demasiado atractivo. Cuando su querido amigo y discípulo Alfonso L. Herrera, entonces de 19 años, le comunica haber obtenido la modesta plaza de Ayudante en el Museo Nacional, le dice en carta de octubre de 1889: “Eres muy feliz, y te lo envidio, de poderte dedicar enteramente a la zoología; yo necesito primero ganar mi pan, y poco tiempo me queda para ocuparme de una ciencia que adoro.”

Colector infatigable, continuamente adquiría ejemplares que le servían para sus investigaciones y con los que, al correr del tiempo, fue formando una colección, con respecto a la cual podía escribir con orgullo a Herrera en 1892: “Sólo de reptiles tengo 550 pomos” y más adelante: “Al fin tengo una colección herpetológica que puedo enseñar con confianza a cualquier naturalista, aunque no sea un simple amateur como tu amigo y colega.”

Lo anterior, que ya de por sí es muy interesante, aumenta de valor cuando se consideran las estrecheces económicas con que vivía y trabajaba, las cuales se traslucen límpidamente en toda su correspondencia.

Además de los ejemplares colectados para sus propias investigaciones, y de los que empleó para formar el Museo del Colegio, base del que hoy lleva su nombre, y a pesar de que “el Estado no me da ni para embalsamar una ave”, según se quejaba en 1893, reunió también muchos más que enviaba a especialistas del extranjero —Francia y los Estados Unidos principalmente—, que se conservan en las colecciones de diversos museos, y que dieron origen a infinidad de trabajos con los que se contribuyó a dar a conocer el nombre de México.

#### IV

Ha pasado un siglo desde el día en que llegó a México un joven francés que con el tiempo se convertiría en el más brillante de nuestros zoólogos. Y pronto se cumplirá el cincuentenario de su muerte.

¿Cuál es el panorama actual de la biología mexicana, cómo puede compararse al que privaba en la época de Dugès, y cual fue la huella dejada por éste en nuestro ambiente científico?

Es indudable que se ha hecho mucho al respecto, especialmente en las últimas décadas y que la zoología

ocupa hoy un lugar distinguido en el escenario de nuestro renacimiento intelectual.

Los centros de enseñanza media y superior donde existen cátedras biológicas se han multiplicado; y lo más interesante es que hay la posibilidad de que los jóvenes amantes de estas disciplinas se gradúen específicamente en ellas.

Cierto es que en México como en todas partes el cultivo de las ciencias naturales no suele ser camino fácil para alcanzar bienestar económico. Pero ya es posible que un biólogo, profesionalmente capacitado para ello, se gane decorosamente la vida en actividades de enseñanza o de investigación, sin necesidad de recurrir, como Dugès se veía forzado a hacerlo, a buscar su sustento en otros campos.

El Colegio de Guanajuato, al que con tanto cariño sirvió, se ha convertido en floreciente Universidad, en cuyo nuevo y suntuoso edificio ocupa sitio de honor el Museo Alfredo Dugès, formado alrededor de las colecciones originales del maestro.

La zoología mexicana, tan descuidada hace un siglo, ha prosperado grandemente y en la actualidad se cultiva con igual, o quizá mayor empeño que la botánica.

Los textos para la enseñanza se han multiplicado, y el ejemplo y estímulo derivados de las contribuciones de Dugès a este respecto, no pueden subestimarse.

La gloriosa Sociedad Mexicana de Historia Natural, en la época de la muerte del maestro franco-mexicano comenzaba ya a languidecer, y el tomo de "La Naturaleza" en que apareció su último trabajo, fue el postrero de la excelente publicación.

Pero tras unos lustros de receso, a partir de 1936 la corporación volvió a la vida, constituyendo nuevamente un centro de estímulo para los estudios biológicos. Su órgano, la "Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural", tiene actualmente en prensa el tomo decimotercero y en sus páginas, como en las de "La Naturaleza", se ha recogido lo más selecto de la producción científica mexicana, junto con valiosas contribuciones de sabios extranjeros.

En todos estos campos la huella dejada por Dugès fue profunda, y su influencia, directa por sus contribuciones o indirecta a través de sus discípulos y continuadores, se nota claramente en más de una ocasión.

Desde luego, contribuyó a afianzar todavía más nuestras ligas con la zoología francesa, así como a perpetuar los lineamientos de la clasificación de Cuvier. Basta recordar que cuando en 1924 Alfonso L. Herrera publicó su "Zoología", aunque hacía notar que había muchas clasificaciones modernas más convenientes, prefería seguir la de Cuvier-Dugès, absolutamente anticuada e inaplicable ya.

Si nos detuviéramos en estas consideraciones, podríamos pensar que el panorama del siglo transcurrido sólo contiene realizaciones positivas y que el adelanto ha sido continuo y sostenido.

Desgraciadamente no es así. Y precisamente donde encontramos la falla es en el campo que con más cariño cultivara Dugès, o sea el de la herpetología. Da la coincidencia de que mientras otras ramas de la zoología han prosperado notablemente, como por ejemplo la protozoología, la helmintología, la entomología, la mastozoología, etc., en las que se han hecho valiosas contribuciones, en cambio la herpetología no ha constituido atractivo suficiente para que algún competente mexicano se consagre exclusiva o preferentemente a su cultivo.

Después de Dugès solamente podríamos mencionar a Cancino Gómez, que no realizó ninguna contribución importante; a Cuesta Terrón que pudo hacerlo, pero que preferentemente se dedicó a los peces; a Martín del Campo, también ampliamente capacitado pero que cultiva primordialmente la ornitología; y a Maldonado-Koerdell, que fue la mejor promesa en este campo, pues después de una larga temporada al lado de Taylor en la Universidad de Kansas parecía orientarse definitivamente al estudio de anfibios y reptiles mexicanos, pero que abandonó esta especialidad para ir a la paleontología, en la que ha hecho ya numerosas contribuciones.

No podemos decir pues que Dugès haya dejado continuadores mexicanos que lo igualaran en importancia en el campo de la herpetología, y tal cosa es lamentable.

Sin embargo, lo anterior no significa que no se haya progresado en este campo, pues numerosos colectores extranjeros, especialmente norteamericanos, han recorrido nuestro suelo obteniendo ejemplares, que han servido después para realizar importantes contribuciones. Su número es bastante crecido, y no intentaré mencionarlos nominalmente, pues correría el riesgo de cometer involuntariamente injusticia al omitir alguno.

No puedo, sin embargo, dejar de citar a los dos, que conjuntamente y por separado han realizado las mayores contribuciones al respecto, como son los profesores Edward H. Taylor y Hobart M. Smith, quienes no solamente tienen publicados ininidad de trabajos aislados, sino que han dado a luz extensas y documentadas "Listas" de la fauna mexicana de anfibios y reptiles.

Naturalmente, en las páginas de todos los que han trabajado asuntos de herpetología de nuestro país, las referencias a Dugès surgen a cada paso. E inclusive Smith dedicó un importante artículo a estudiar y discutir los ejemplares contenidos en las colecciones del sabio en Guanajuato.

## V

Al terminar este breve recuerdo de Dugès en su época y después de ella, destacamos en la personalidad del sabio tres facetas igualmente interesantes:

La que interesa a Francia, que debe sentir la satisfacción de haber sido cuna de un brillante zoólogo que siempre recordó con cariño a su patria y que fue un paladín de la cultura francesa allende los mares.

La que obliga a México, porque al escoger a nuestro país como su patria de adopción se entregó a ella por entero, aprendió su lengua, asimiló sus costumbres, colaboró a la formación intelectual de sus jóvenes y contribuyó como ninguno al conocimiento científico de su fauna.

Y por fin, la que emociona a Guanajuato, tierra generosa que meció la cuna del Padre de la Patria, y en cuya capital, rodeado por la imponente corona de sus cerros, y con el encanto incomparable de sus retorcidos callejones, vivió y laboró callada pero fecundamente el sabio don Alfredo, cada día más ligado a su tierra de adopción, hasta el momento en que terminada la jornada, esa misma tierra con entrañas de plata recogió amorosa los restos del más insigne zoólogo "mexicano" del siglo pasado.

Sea pues este homenaje, más valioso porque ha sido organizado por un puñado de jóvenes estudiantes, que en el maestro Dugès honran simbólicamente a sus predecesores y a sus propios maestros, una débil pero sincera muestra del cariño y veneración con que recuerdan su memoria todos los naturalistas mexicanos.

Francia y México, Dugès y Guanajuato, el viejo Colegio del Estado y la flamante Universidad, la zoología incipiente de mediados del siglo XIX y la vigorosa zoología del momento actual, nombres todos que en este instante se amalgaman en nuestro espíritu. Eslabones de una misma cadena, piedras de un mismo edificio.

Montpellier y Guanajuato: la cuna de una de las más viejas universidades de Francia donde nació el sabio, y la tierra de Hidalgo donde vino a morir el zoólogo eminente. Alfa y omega en una existencia luminosa donde el amor a la ciencia, la sed de conocimiento, la búsqueda de la verdad, fueron faros que no languidieron jamás, aun en medio de las mayores adversidades.

El nombre de Dugès no sólo se perpetuó en sus libros, ni en los animales que describió, ni en la placa que con toda justicia ostenta hoy el Museo de esta Casa de Estudios; su nombre está y estará siempre unido al de la zoología mexicana.

Los zoólogos de hoy, juntos veteranos y noveles, reverentes y emocionados, nos inclinamos ante su memoria luminosa.